

De la consciencia de muerte al eros primordial. Caos psíquico

Luis Caldera Tosta

Asociación Venezolana de Psicología Analítica (AVPA)

Eros y conciencia de muerte fueron quienes surgieron a mi mente cuando me vi enfrentado ante el hecho de compartir la visión de un junguiano sobre el caos psíquico mejor entendido desde un ángulo clínico como la psicosis. Según la cosmogonía griega, Caos es la personificación del vacío primordial, previo a la creación cuando no había orden en el mundo (Grimal, 1994). Caos engendró el Erebo o tinieblas infernales, también la Noche, luego el Día y finalmente al Éter o luz pura cercana al cielo. La Noche generaría el huevo original, cuyas dos mitades al separarse formarían el Cielo y La Tierra; a este huevo, considerado como el Dios que cohesiona el mundo, o la fuerza fundamental que organiza el universo, se le conoce como Eros.

Eros ingresa al mundo psicoanalítico de la mano de Freud en Tres ensayos sobre la Teoría Sexual cuando el maestro busca definir la Libido a la que consideró de carácter sexual y que luego sería el punto de honor de la ruptura teórica entre él y su discípulo C.G. Jung, ya que a éste último le pareció una exageración tanta sexualización del asunto psicológico, por lo que en aras de mantener una cierta objetividad positivista, pilar de la teoría de los complejos y la futura psicología de los arquetipos, prefirió llamar a la Libido sencillamente energía psíquica (Jung, 1993). En todo caso el propio Jung buscando la etimología de la palabra se topa con que Libido se relaciona con la palabra Libar, disfrutar, con el alemán antiguo lieb o querido de donde surgirá liebe o amor, e independientemente de su carácter sexual reconoce en la Libido su aspecto vinculante.

Y para nadie es un secreto que el amor, en cualquiera de sus facetas, desde el ingenuo amor romántico, pasando por el amor simbiótico madre-hijo, hasta el amor desenfrenado de la pasión, ha sido y será un asunto de preocupación fundamental en los seres humanos. La última obra importante de Jung, la Conjuración Misteriosa (Jung, 1963), uno de sus más complicados y densos escritos, sólo pretende esclarecer un poco el asunto de las uniones y separaciones, para concluir en su título precisamente, es decir, el asunto es misterioso.

Y con los problemas del amor viene entonces el sufrimiento y luego el caos interior que hemos llamado psicosis. Una vez oí o leí que ser psiquiatra es la especialidad médica más sencilla, porque basta que el doctor oiga a su paciente y le diga , “caramba señor usted tiene un conflicto con su madre”, todo es culpa de la mamá, todo se origina en la relación fundamental madre-hijo. Aparece Eros y comienzan los problemas, pero también las soluciones.

Del mundo indiferenciado, caótico, urobórico, simbiótico de la muy temprana infancia, el niño saldrá bien o mal parado en relación directa al Eros que circunda a su alrededor, Eros que protege o abandona, que da amor o angustia, que estructura o despedaza. En la cosmogonía del mundo infantil primitivo donde no hay formas ni pensamientos, donde el ego es apenas un potencial, una semilla plantada en el inmenso Self, semilla sin garantía de germinación ni mucho menos de crecimiento y floración, donde el bebé depende totalmente de los vínculos amorosos y de protección a su alrededor, es definitivamente el dios Eros quien surge como principio ordenador, como mano que moldea el tarro alquímico del alma frágil, tarro repleto del vacío de formas. Si el bebé pasa al cuidado de un perro, un lobo o un chimpancé, y hay casos reportados en tal sentido, y si la crianza supera los 06 años de edad, nuestro bebé será irrevocablemente un animal salvaje de la madre cuidadora. Si la madre es una mujer civilizada y comienza la estimulación del lenguaje, nuestro bebé desarrollará el pensamiento abstracto y simbólico, virtud escondida en el lóbulo frontal y el neocortex y entonces será un humano pensante. ¿Eso quiere decir que el niño feral no es humano? Esa pregunta se la dejamos a los filósofos a quienes les gusta debatir sobre estos asuntos. Para nosotros los psicólogos, eso quiere decir que los humanos somos primeramente animales y estamos genéticamente preparados para desarrollar el paquete instintivo, tanto como para desarrollar el pensamiento verbal y racional o simbólico que nos hace característicamente seres pensantes o reflexivos. ¿Quién define esto? Nuestro buen Eros es decir la cadena de sucesos alrededor de nuestros primeros vínculos.



El ego va lentamente diferenciándose del Self (Edinger, 1972), pasando de un ego totalmente fundido e indiferenciado, sin límite entre yo y el mundo, yo y la madre, yo y mi cuerpo, etc., a un ego capaz de volver la mirada sobre sí y reflexionar utilizando el pensamiento abstracto. El ego va construyéndose básicamente a través de las palabras, palabras que representan la reconstrucción mental del mundo, lo que equivale a decir, una serie de representaciones imaginarias sobre los fenómenos externos o internos del alma de cada quién. Esas representaciones se agrupan en torno a una emocionalidad que las unifica o en torno a unos patrones conductuales cargados emocionalmente a los que vamos a llamar complejos cuya directriz es llevada a cabo por un centro arquetipal. En otras palabras nuestra conducta está regida por complejos que son las manifestaciones según la historia personal, social, cultural y geográfica de unos patrones de comportamiento universales denominados arquetipos.

El propio ego es un complejo. Los seres humanos vamos desarrollando este ego reflexivo de manera inexorable. A nadie, que no sea niño feral, se le ha preguntado, tu quieres tener ego, tu quieres pensar, tu quieres hablar, ello ocurre como un devenir natural.

En términos míticos, vamos saliendo del Paraíso Terrenal del mundo inconsciente e indiferenciado de la vida intrauterina y de la muy temprana infancia para ir tomando consciencia de nosotros mismos, consciencia que viene jalonada usualmente del dolor y la frustración, de aquellas experiencias que nos integran, desintegran o de-integran (Edinger, 1972, 1985).

Este ego, quien luego será crucial para entender la psicosis, se va formando fundamentalmente de las experiencias vinculares tempranas. El niño, va formando su identidad egoica básicamente de lo que su entorno le dice o le hace sentir. El ego es entonces un espejo, un producto social, un referente interno para la autoimagen y el autoconcepto. De tal suerte que si un niño es consecuentemente maltratado, su ego no solamente construirá una concepción del mundo como hostil o violento, sino que igualmente el ego dirigirá su concepto verbal hacia el propio ser pensante creando quizás, una autoimagen deteriorada o fatalista por ejemplo. Obviamente el asunto es bastante más complejo que lo aquí expresado, baste esta referencia para situarnos en el punto que nos interesa.

Quizás una buena prueba de la calidad o cantidad de Eros recibida o acumulada en la memoria arquetipal, ya que nuestro devenir, no sólo se hace con las experiencia externas, sino también con las internas, aquellas que surgen del inconsciente profundo y trascendente, sea cuando el niño se tope con la finitud, con la destrucción, con el final de la vida física a saber, la muerte. Tarde o temprano, nuestro ego, con una capacidad instintiva para la reflexión, descubre la muerte, al principio una muerte con un final feliz, es decir, una muerte sin muerte, o una muerte con una continuación de la vida; en una etapa de la infancia los niños aún cuando conciben que ellos pueden morir, no poseen plena consciencia de que el final es bastante drástico.

Nos guste o no, seamos ateos o religiosos, nuestra capacidad reflexiva, instintiva y curiosa, busca entender y dar una explicación a lo desconocido. De no ser así nosotros los analistas, de cualquier escuela o credo, no pasáramos tantas horas de nuestra vida estudiando el fenómeno psíquico. Tal conducta también posee un sustrato arquetipal, vale decir, todos buscamos alguna respuesta en tal o cual sentido de aquello que nos trasciende, cuando nos cansamos de buscarla usualmente sobreviene la muerte ya que el cansancio y el vacío existencial han tomado cuerpo, la depresión afecta el sistema inmunológico y entonces las enfermedades hacen de las suyas. Esa capacidad reflexiva puede traer enormes beneficios o grandes problemas y se origina en la curiosidad infantil.

Hay que agregar que cuando hablo de la muerte me refiero a ella en términos bastante amplios, incluyendo a aquellas muertes simbólicas que traen los fracasos, las pérdidas, los pequeños duelos de la cotidianidad. La consciencia de muerte es quizás la consciencia de la finitud y que López Pedraza (1987) llama consciencia de fracaso en oposición al triunfalismo propio del titanismo de nuestra sociedad y que se evidencia clínicamente en las actitudes histéricas, psicopáticas o en la constelación arquetipal negativa del púber eterno. También incluyo aquí la angustia de la castración y en líneas generales la conflictiva edípica de la exclusión, sin embargo me parece más abarcante hablar de consciencia de muerte.



Retomando nuestro asunto, el ser humano es quizás el único ser viviente capaz de reflexionar sobre su propia muerte, vale decir, que reflexiona sobre el hecho abstracto de la muerte en sí. Es probable que los animales intuyan la muerte o se percaten de su inminencia e incluso que la busquen activamente o se preparen para ella, pero muy probablemente carecen de la posibilidad de pensarla en términos existenciales, más allá de la experiencia directa o fuera del ordenamiento instintivo. La sociedad genera una serie de mecanismos que se traducen en valores, patrones de comportamiento, normas éticas y morales, actitudes religiosas en torno a la idea de la muerte. No es necesario discutir aquí que la sociedad occidental mantiene un fuerte tabú sobre el tema de la muerte. Son innumerables los casos de niños que han sido llevados a mi consulta para que sea yo, el psicoterapeuta, el que aborde el problema de la pérdida de un ser querido. Nuestra cultura fundamentalmente basada en el éxito, el triunfo y el logro, ve en la muerte un estorbo. Y esa cultura va formando parte de la identidad egoica de cada uno de nosotros, de tal manera que el fracaso, la derrota, la humillación, la castración, la finitud, en una palabra, la muerte, es para ese ego identificado con el éxito un estorbo, un problema, algo que no es normal o está fuera de toda consideración positiva. Nuestro ego colectivo está apuntalado en el crecimiento, en el progreso, en la mejoría, en el ascender siempre en busca de triunfos.

Entonces vale la pregunta, ¿qué pasa cuando ese ego se topa con un fracaso? Sencillamente no lo admite y en consecuencia percibe la finitud como algo extraño, ajeno a lo que siempre le han enseñado. Un adolescente entra en crisis cuando descubre que sus padres no son aquella maravilla que él pensaba, o la suicida que no soporta haber fracasado en su relación de pareja, o el que se vuelve loco ante un pánico homosexual.

¿Cuál es el motivo de consulta de todos nuestros pacientes?, ¿qué motiva al hombre a preguntarse sobre sí mismo?, ¿dónde empieza la historia de la consciencia? En la consciencia de muerte, de fracaso, de castración, de finitud, de oquedad del alma. La consciencia empieza en la pérdida del paraíso terrenal. Y con la consciencia empieza la historia del amor erótico existencial, del amor más allá de los instintos y las pasiones.

Se cuenta que Shakyamuni, quien era un joven príncipe, decidió abandonar todo y buscar lo eterno precisamente cuando tuvo consciencia de muerte, cuando su carruaje se topó con un cadáver tendido en el medio del camino; y al buscar eso eterno encontró la compasión amorosa hacia todos los seres, compasión que nace ante la consciencia de que todos somos finitos y mortales, de que todos sufrimos. La moral de los evangelios está sustentada en el amor al prójimo, nuestro oficio está basado en la empatía y la comprensión del otro, el bebé recién nacido es totalmente dependiente del amor de su madre. Por todos lados el amor organiza, el eros fundamental que surge del caos y que divide el cielo y la tierra, eros alquímico que da origen a la necesidad de comprender al mundo, a los seres que nos rodean, al cosmos, al alma.

Este es el origen de la psicosis, la ausencia o presencia de eros dentro del alma de nuestro paciente. La psicosis es una sobreidentificación del ser con el ego de tal manera que el resto del mundo inconsciente es vivido como separado, escindido de sí mismo, es la esquizofrenia o mente dividida en sectores irreconciliables, zonas de nuestro psiquismo donde hay carencia de la amalgama erótica que integra y nos da la vivencia de unidad. La voz de la alucinación viene de afuera como una moral extraña y sádica al ego, la cabeza del bebé sangrante que la madre con psicosis puerperal no es capaz de identificar como sus propias ambivalencias, el delirio de grandeza al no poder tolerar la impotencia de sabernos mortales. Psicosis del ego, división del ego, ego inflexible, rígido, frágil, eros lleno de moral, de ideas, de conocimientos, de intelectualidad, de adaptación a la sociedad, ego forjado a imagen y semejanza del deseo de los padres, ego aprisionado en los engramas neuronales de órdenes, mandatos, imágenes de autoridad, vivencias alienantes, impronta de los primeros aprendizajes que formará la estructura neurofisiológica de los valores con el que vamos a enfrentar los retos de la vida, ego carente de fluidez, flexibilidad, libertad y movimiento, de espontaneidad y capacidad adaptativa, ego carente de la leche y miel que le nutre de blandura.



De tal manera que la psicosis, sin excluir las hipótesis biologicistas, es un hecho existencial, la psicosis es construida por el ego desde el instante en que este se erige como el centro del alma. La ciudad es avasallada por el terremoto, ¿es acaso culpa del terremoto? El terremoto ocurre porque tiene que ocurrir, la ambivalencia ocurre porque tiene que ocurrir, el impulso homicida o suicida ocurre y punto, el deseo de grandeza o la alucinación son eventos compensatorios. Pero la estricta moral basada en el chantaje del amor paterno y luego el de la sociedad coloca barreras insalvables entre la naturaleza y la civilización egoica, de tal suerte que al destruirse la ciudad del ego se destruye la vida y el alma, verdaderamente esto es una locura, porque la ciudad no es la naturaleza, el ego no es el alma, la consciencia no es la totalidad, pero en nuestra mente que lo cree comprender todo nuestra ilusión es la realidad, y ¿cómo se llama cuando la ilusión sustituye la realidad? Psicosis. Entonces la psicosis es la ilusión del ego.

Pero fuera del estrecho mundo que construye el ego hay un mundo hermoso y sorprendente. Y aquí debemos introducir otros dos elementos más para darle cabal comprensión a nuestro problema, el miedo y la ignorancia. Miedo a no ser lo que nuestro ego ha construido a punta de identificaciones parentales, ignorancia porque creemos que afuera hay un mundo extraño.

La muerte es probablemente el hecho que primero nos hace reflexionar sobre la trascendencia, sobre los límites del ego y al mismo tiempo sobre nuestro verdadero centro existencial, aquello que Jung llamó el sí mismo (Jung, 1992) y que las diversas culturas llaman Dios, Cristo, Jehová, Buda, Krisna, Atman, Energía Cósmica, Ku, Ile Orun, etc. y que nosotros llamamos con bastante menos sentido poético, individuación, crecimiento personal, consciencia de lo inconsciente, curación, bienestar, felicidad, ausencia de síntomas, aceptación de lo real, etc. De tal modo que en la consciencia de muerte hay un organizador arquetipal que llamamos eros primordial y que no es mas que la humildad frente al vasto universo cósmico y al profundo mundo intrapsíquico, humildad que nos puede hacer mas serenos, más pacientes, más reflexivos, más flexibles y más sanos.

Quiero terminar haciendo una reflexión hacia nosotros mismos, Psicoanalistas, herederos de los antiguos sacerdotes que cuidaban el alma enferma. Nuestras teorías, nuestros conceptos, no son más que palabras, estructuras verbales que sólo nos sirven como brújula ante las tempestades del psiquismo, la brújula no es el destino, nuestras teorías no son ni remotamente la verdad, cuando así lo creemos entonces estaremos contribuyendo a la esquizofrenia social de segmentar el alma para identificarla con un concepto determinado.

En esta época de caos social la luz de la compasión que se nutre de la consciencia de muerte y del sentido de trascendencia son probablemente los antídotos ante tantas enfermedades. Esa luz debe brillar desde adentro de cada uno de nosotros. Cada quien es el responsable de encender la mecha, nadie lo puede hacer por uno, mucho menos las sectas, los dogmas, las escuelas, las religiones o las sociedades. Yo me conformo con que mis pacientes decidan encender esa luz en sus corazones y luego hacerse responsable por ella, esto no es poca cosa.

Si negamos la vida negamos la muerte si negamos la muerte negamos la vida, entonces trascendamos vida y muerte y lleguemos a nuestro hogar por el camino del medio por el camino de la meditación y la reflexión.

Bibliografía

- EDINGER, E.F. (1972), Ego and Archetype. New York: Putnam.
EDINGER, E.F. (1972), Anatomy of the Psyche. La Salle, Illinois: Open Court.
JUNG, C.G. (1963), Mysterium Coniunctionis. London: Routledge & Kegan Paul.
JUNG, C.G. (1992), Aion. Contribución a los simbolismos del sí-mismo. Barcelona: Editorial Paidós.
JUNG, C.G. (1993), Símbolos de Transformación. Barcelona: Editorial Paidós.
LOPEZ-PEDRAZA, R., (1987), Ansiedad Cultural. Caracas: Psicología Arquetipal, S.R.L.

